



Cuentos

José Castelán

Castelán ha estado dos veces en el infierno



«Buenos días, señor Castelán».

«Mejores los tenga usted, señor Fierro. ¿A qué debo el gusto de ver a usted por mi casa, que es la suya?».

«Señor Castelán, vengo a hacer a usted una pregunta y le suplico me diga la verdad».

«Así lo haré. Pregunte usted».

«Señor Castelán, ¿cree usted que hay infierno?».

«Sí, señor, y creo en el infierno, porque estuve en él dos veces».

«¿Usted estuvo en el infierno dos veces? Sírvase usted explicarme ese misterio».

«Lo explicaré. El año de 1880, del siglo pasado, me casé por primera vez, y en 1883 enviudé. Mi esposa era muy buena, muy prudente y yo era, como siempre he sido, muy enamorado. No está en mí evitarlo. Luego que ven uno de esos pedacitos de cielo que se llaman mujeres, me ardo por dentro y por fuera.

»Mi esposa lo sabía y lo veía, pero nunca me dijo una palabra dura y ofensiva, sufría resignada y siempre era cariñosa y amable conmigo.

»Tal vez esos sufrimientos morales fueron la causa de que muriera tan pronto.

»El año de 1884 cometí la burrada de volverme a casar, ¡ay! y hasta la fecha no he enviudado.

»Ésta, mi segunda esposa, no fue prudente y sufrida como la otra, no señor, ésta pateó, gritó, me desbautizó y sólo santo no me dijo. Vivíamos los dos en un espantoso infierno día y noche, hasta que hartos los dos de aquel infierno, y por temor de envenenarnos, convenimos en separarnos, sin escándalo y sin divorcio y así estamos hace 20 años.

»Confieso con franqueza, que mis dos esposas fueron y son muy honradas. La primera duerme el sueño eterno en la madre tierra, la segunda vive en Los Ángeles, California, cuidada y querida por los muchos hijos que le regalé, y yo vivo en este viejo Tucson, solo, tranquilo, feliz y en paz, sin mujer, sin hijos, sin perros, sin gatos y sin ratones.

»Lo dicho, señor Fierro, le expliqué a usted por qué creo en el infierno y por qué digo que he vivido y sufrido dos veces en el infierno».

«Señor Castelán, ¿me permite usted dar publicidad a esta conversación que hemos tenido?».

«Sí, señor, puede usted hacerlo».

«Gracias y adiós, señor Castelán».

«Adiós, señor Fierro».

Hermosa ilusión y horrible realidad



Anoche, como siempre, me dormí pensando en esos angelitos con pies, que se llaman MUJERES y esto fue causa de que tuviera un sueño delicioso, con un final horrible. Dicho sueño, voy a contárselo a ustedes, no porque les importe saberlo, sino porque a mí me da la real gana de contarlo. Para entender mi sueño, es preciso que antes les cuente una leyenda fantástica que aquí, en Tucson, circula de boca en boca, y que a mí me contaron hace mucho tiempo.

Dicen que la sierra de Santa Catalina, que está al norte de esta población, está encantada, que hay en ella una cueva y que esa cueva es la entrada de una galería subterránea en donde existe un inmenso tesoro que dejaron enterrado los jesuitas. Dicen que la entrada de esa cueva, está resguardada por unas serpientes monstruosas, y que todos los que se han aventurado a ir en busca de ese tesoro no han vuelto jamás.

Vamos a mi sueño: Soñé que, con un valor heroico, que sólo en sueños me acomete, me dirigí a la famosa sierra en busca del tesoro que hay en su cueva.

Caminé mucho, mucho, y mientras más caminaba, más lejos veía la sierra. Cansado y desesperado, me senté a descansar a la sombra de un hermoso y monstruoso árbol, probablemente antidiluviano; el tronco medía lo menos cien metros de circunferencia, y creo que me quedo corto.

El cansancio, el calor y el hambre fueron causa de que una dulce modorra, empezara a embargar mis sentidos. Ya casi me dormía cuando, como brotado de la tierra, apareció ante mí un enano patizambo, jorobado y barbudo, el cual, después de saludarme muy atento, me preguntó a donde iba. Díjele a donde y a qué y él me ofreció llevarme. Acepté su invitación y me puse en pie para continuar la marcha, pero él, tomándome en sus pequeños, pero nervudos brazos, me levantó por los aires, y en un santiamén me llevó volando hasta descender conmigo en la encantada sierra, y al frente de la famosa cueva.

Penetramos en la cueva, y a los pocos pasos, encontramos una sólida puerta de hierro; tocó el enano un botón eléctrico, el cual hizo sonar una campana, cuyas vibraciones fueron repercutidas por aquellas concavidades y la puerta se abrió y entramos a una inmensa galería.

¡Quedeme deslumbrado! ¡Aquella galería era un ascua de oro! Mil luces multicolores, al reflejarse sobre los innumerables espejos que cubrían las paredes, formaban una lluvia de estrellas. Todo era allí seda, oro y piedras preciosas. Aquello era una magnificencia imposible de describir.

Los cuadros que había en aquella galería, eran cuadros vivos. En espejos convexos se veía el pasado, y en espejos cóncavos, el porvenir. El techo parecía la bóveda del cielo. Manos de hadas, saliendo de las paredes, sostenían candelabros, que por luces, tenían estrellas titilantes.

Yo estaba admirado contemplando tantas maravillas, y el enanito me dijo: «Bajaremos al jardín, verá usted qué fruta tan apetitosa tengo y puede usted tomar y comer toda la que guste».

Bajamos al jardín. ¡Qué cosa tan deliciosa! ¡Qué flores! y sobre todo ¡qué fruta! ¡Las más tan embriagadoras! ¡Qué árboles tan frondosos! ¡Y sobre todo qué fruta! ¡La fruta que siempre me ha gustado tanto!

¡Jamás había visto fruta tan hermosa y tan apetitosa como aquella! ¡Pendían de los árboles gallardos racimos de mujeres en su traje natural! ¡Mujeres encantadoras, que me miraban, me hacían señas con sus ojitos, se sonreían y extendían los brazos hacia mí!

Las de este primer árbol, tendrían treinta años de edad, ¡pero siempre estaban buenas! Quise probar una, pero el enanito me dijo: «Esa fruta está algo pasada, en el otro árbol hay mejor».

El segundo árbol era de negritas, las cuales, al columpiarse, impulsadas por el viento, cantaban una danza habanera, capaz de resucitar a un muerto. Quise probar una, y el enanito me dijo: «Esa fruta es tropical y no está muy buena, adelante hay mejor».

El tercer árbol estaba cubierto de inditas, pápagas, pirras yaquis, mayas, era una hermosura. Quise probar una de cada nación y el enanito me dijo: «Esa fruta es silvestre y tiene mal sabor; en el otro árbol está lo bueno, y comerá usted hasta hartarse».

El cuarto árbol era una hermosura, una divinidad. Los céfiros, al filtrarse entre sus ramas, formaban armonías celestiales; los cupiditos revoloteaban de fruta en fruta, libando la dulce miel de los labios rojos de aquellas encantadoras mujeres; nunca he visto, ni espero ver, caras más lindas y risueñas; nunca he escuchado gorjeos más suaves, que las sonrisas de aquellos labios hechiceros; la niña de más edad tendría quince años. ¡Aquello era el Paraíso! ¡Aquello era el cielo! ¡Aquello era la gloria!

Yo estaba loco, frenético, desesperado, y grité extasiado: ¡Que me corten aquella trigüeñita, y aquella rubia morenita y aquella blanca! Pero no, mejor es que yo corte todas las que me gusten. Tomé una escalera; subí volando y empecé a cortar.

¡Corté una, dos, tres, cuatro! Mi respiración era fatigosa; mi sangre como una ola de fuego, corría por mis venas; mi corazón quería salirse de mi pecho. ¡Corté otra y otra y otra! Sentía una fiebre ardiente; mis manos temblaban; me faltaba respiración. ¡Corté otra y otra y otra... todas me gustaban! Mis piernas flaqueaban; todo daba vueltas alrededor de mí; no veía; mi cabeza era un volcán y un temblor nervioso recorría todo mi cuerpo...

¡Corté otra más! Recuerdo que era una morena encantadora que me veía y me sonreía de una manera coquetona y maliciosa. Aquella sonrisa acabó de trastornarme; me volví loco; me olvidé de dónde estaba y me incliné violentamente a darle un beso... La escalera falseó y caí rodando al suelo.

El dolor de la caída y una risotada que oí, me hicieron despertar de mi sueño.

¡Horrible realidad! Mi esposa se reía a carcajadas, y yo estaba caído al pie de la cama, teniendo entre mis manos uno de mis zapatos, besándolo apasionadamente. ¡Horror!...

Mi última conquista

△▽

Bien dijo, el que dijo: «El que ha de ser barrigón, aunque lo fajen desde chiquito y el que ha de morir a oscuras aunque muera en velería, muere a oscuras». Más aún,

dicen, y es cierto, que: «Toda criatura, desde que nace, ya viene predestinada a ser lo que ha de ser; y que no le valen luchas para evitar que se cumpla su destino».

Prácticamente he visto comprobado en mí, lo que he dicho antes, en esas sabias sentencias.

Mi buena madre quería que yo fuera santo, y con tal fin consiguió la aprobación de mi padre para que me pusiera de interno en un colegio dirigido por sacerdotes. Tenía yo cinco años de edad y tuve que obedecer.

Estudié mucho, aprendí mucho, y los sacerdotes, mis maestros, decían a mis padres que yo era muy aplicado, muy estudioso y muy inteligente. El señor Obispo, que visitaba seguido el colegio, decía: «Este muchacho va a ser otro San Agustín, como predica; candor; lástima que sea tan travieso, pero ya se le quitará».

Pasaron algunos años y, ya de doce me rebelé, y no quise estudiar más teología. Yo quería mundo, libertad, bailes, cantos, placeres. Mi carácter alegre, y mi sangre ardiente, no se amoldaban al misticismo sacerdotal.

Vencí al fin, salí para siempre de aquel encierro triste y frío, de aquel cementerio monástico que mataba mi alegría. Entré y concluí mis estudios sociales, en un colegio público.

Hombre ya, mayor de edad, libre de mis acciones, di rienda suelta a mis pasiones, buenas y malas. Joven, con dinero, no muy tonto ni muy feo, gocé sin medida de todos los placeres, cuidando mi salud.

Muchos años han transcurrido. Ahora ya estoy viejo, y gozo solamente, saboreando en la copa del recuerdo, las últimas gotas de miel de mis placeres pasados, pero no olvidados.

Anoche, pensando y saboreando el recuerdo de mis pasadas conquistas amorosas, me quedé dormido y soñé lo siguiente:

Soñé que me había muerto; oí sollozar y llorar a mi esposa y a mis hijos, y a algunas personas que estaban velando mi cadáver. Oía que me elogiaban, en voz alta algunos y otros en voz baja, decían pestes de mí. Así es la humanidad; yo me reía.

Oí que el señor Castrillo, activo y afanoso, hacía los preparativos para mi funeral; exteriormente fingiendo tristeza, e interiormente ha de haber estado contento por mi muerte.

Oía que el señor Escobillas, que era el maestro de la ceremonia, iba de aquí para allá y daba órdenes para el mejor arreglo del funeral.

Y yo me sentía con ganas de reír al verlos a los dos, fingiendo llanto, sabiendo, como sé que desean que me lleven los diablos.

Todo esto me encantaba. Me sentía regocijado al ver que la muerte me libraba de la desgracia de verlos, y me libraba de todos los peligros y enfermedades a que está

expuesto el que vive. Tenía muchas ganas de soltar una carcajada escandalosa, pero no lo hice, por temor de que creyeran que estaba vivo y no me enterraran.

En mi velorio, como es natural, hubo muchas personas y empezaron a hacer recuerdo de mis ocurrencias, travesuras y majaderías, con que los hacía reír: y decía «Se nos fue Castelán; tan ocurrente, tan oportuno, tan ingenioso que era siempre».

Por fin, amaneció y llegó la hora del funeral. Pusieron la tapadera a la caja; la subieron al carro mortuorio, y se emprendió la marcha hacia la catedral. Seguían al carro muchos autos y muchas personas a pie; casi todos fingiendo que lloraban y con flores para colocar sobre mi tumba.

Ya en la catedral, me dijeron una misa de Cuerpo presente. Concluida la misa, seguimos hacia el cementerio y ya allí, colocaron la caja con mi cadáver descubierto al borde de la fosa y tomó la palabra mi apreciable amigo, el Licenciado Cacao, el cual pronunció un discurso fúnebre, elogiando mis muchas virtudes. Por fin terminó, y todos, con sus pañuelos, fingiendo que lloraban, se tapaban la boca para que no vieran que se reían; y si se hubieran fijado en mí, me hubieran visto sudando gotas gordas de vergüenza por tantas mentiras que dijo el orador.

Taparon el cajón; lo bajaron a la fosa, la llenaron con la tierra y... ya no supe más.

¡Qué feliz, tranquilo y solo quedé en mi sepultura! Ya no estaba expuesto a recibir groserías de los muchachos malcriados, ni insultos de los léperos borrachos; sin temor a los incendios, inundaciones, hambres, enfermedades. No sufría nada; no deseaba nada.

¡Estar muerto es una gran felicidad! Es un descanso eterno, para buenos y malos. En la tumba reina la diosa Igualdad.

Muerto como estaba, era yo igual a Napoleón, a Juárez y a Washington; supuesto que ellos estaban muertos, lo mismo que yo, y la muerte es la gran niveladora.

Pasaron muchos años; cuando el sepulturero volvió a escarbar mi fosa, abrió mi cajón y me arrancó mi escuálida calavera, más calavera que escuálida; y se la entregó a un joven que estaba cerca de él. Este joven me llevó a su casa, me colocó en su mesa de estudio, y empezó a examinarme con mucha atención haciendo algunos apuntes en un libro.

Pasados algunos momentos, entró una mujer joven y hermosa y le dijo:

«Te estoy esperando para almorzar».

«Voy luego, mujer».

«¿Qué le observas a esa calavera?».

«Estoy escribiendo un libro que trata de las distintas formas de cráneos humanos; y me han contado tanto bueno de la persona a quien perteneció este cráneo que lo he traído para hacer un estudio minucioso de él».

«¿A quién perteneció esa calavera?».

«A un señor José Castelán, que según dicen, hacía reír con sus ocurrencias hasta a los muertos».

«Mi abuelita platicaba de ese señor».

«Vamos a comer», y se fueron los dos.

Yo me quedé extasiado, electrizado, enamorado locamente de aquella preciosa mujer, dije mal, no era mujer, era una hurí del paraíso de Mahoma.

Pasados algunos momentos, empecé a oír que disputaban en el comedor; las voces fueron subiendo de diapasón; luego oí ruido de trastes y cristales rotos y a poco entró ella, como una bala; me tomó en sus blancas manos, me oprimió y me besó. Entró él y le dijo:

«Pero mujer, ¿estás loca? ¿Para qué quieres tú esa calavera?».

«Para que sea mía; para tenerla siempre en mi recámara y platicar con ella a toda hora».

«Eres loca, no cabe duda».

«Lo seré, pero me la llevo».

Y sin decir más corrió, llevándome en sus brazos, y se encerró en su recámara.

Se sentó en una silla poltrona y me empezó a arrullar; y me besaba y me decía:

«Cuánto te quiero. Ojalá estuvieras vivo para casarme contigo. Tú eres mi dulce amor, mi ángel, mi dios. Si tú supieras cuánto sufro por ser esposa de ese hombre a quien odio, tanto como te amo a ti».

Yo me dejaba querer, y con mis cuencas vacías, veía a aquella hermosa mujer que, muerto ya, había yo conquistado.

Pasamos el día en medio de aquel hermoso idilio amoroso; al otro día, tuve el dolor, y sin poder llorar, de ver que unos hombres infames, por disposición del marido, se llevaron a mi hermosa enamorada, a una casa de locos, y a mí me volvieron a llevar al cementerio, y me enterraron en la misma fosa donde estaba mi esqueleto descalaverado. Y aquí estoy, y aquí estaré, hasta hacerme polvo y nada.

Yo creo que los celos de aquel marido tirano, fueron la causa de que me arrancaran de los brazos de mi histérica enamorada y me obligaron a volver a vivir entre los muertos, siendo que era tan feliz entre las vivas.

Después de esto, desperté; después de esto, lo escribí; después de esto, ustedes se están enterando de mi raro sueño, relativo a MI ÚLTIMA CONQUISTA.

Un día de mi vida actual



Despierto, más o menos, a las siete y después de estirarme y encogerme, bostezo y me siento en mi cama todavía con mucha pereza. Al fin empiezo a vestirme, por supuesto riéndome yo sólo de las diabluras que soñé, o de las que estoy pensando despierto, alzo mi cama, y al baño.

Salgo del baño, y a la cocina, a preparar mi desayuno, ya está. Vamos a la mesa, ¿Gustan ustedes, y excusarse pueden? La voluntad es poca, pero puede aceptar el que guste.

Mi desayuno se compone de: un plato de buen menudo, café hecho en pura leche, pan mejicano muy tostado, dulce y algo de fruta. Hemos concluido. Levanto la mesa, lavo los trastos y los alzo en su lugar, riego mis flores y a trabajar un rato.

Si tengo alguna orden que despachar, la despacho, y si no, preparo trabajo. Mientras estoy trabajando, hablo, canto y río, sin cesar. Si llega alguna visita o mercante, lo recibo, lo atiendo, hablamos y reímos. Si es hombre, le doy su rato de palique y luego, de una manera indirecta, lo despido. Si es mujer, la obsequio, y, olvidándome de mi edad, me vuelvo un mazapán de almendra y nuez, hasta que ella, contenta o fastidiada, se despide, ofreciéndome volver. Vuelta al trabajo interrumpido y a formar castillos en el aire.

A las dos o tres de la tarde suspendo el trabajo, me arreglo un poco, y al correo a tomar mi correspondencia y a depositar las cartas contestadas, luego a comer al hotel. Poca cosa: sopa muy buena, tres guisados de carne, frijoles refritos, café con mucha leche, pan mejicano, mantequilla, dulce y fruta.

A barriga llena, corazón contento. Salgo de comer, y a las vistas, «Al Lírico» y luego a mi casa. De paso hago algunas visitas, platico y río, y así hago la digestión perfectamente.

Ya en mi casa, duermo un rato, trabajo otro rato, y llega la noche. Arreglo y prendo mi lámpara, hago algo de cenar; cualquier cosa. Café en pura leche, pan mejicano (no me gusta de otro), dulce, fruta y basta.

Casi todas las noches tengo visitas de Señoras o Señoritas que vienen, no por verme a mí, sino por oír el fonógrafo. Como quiera que sea, paso ratos deliciosos. Platicamos y reímos hasta las diez, hora por lo regular en que se retiran dejándome triste y solo.

De las diez a las doce, leo o escribo, luego al baño, y después a dormir y a soñar con ellas, y gozar en sueños. Esta es mi vida hace muchos años, sin más cambio en el programa que cuando salgo de viaje para el norte o para el Sur. En mis viajes paso ratos deliciosos, y ratos pésimos, pero es preciso trabajar para vivir y no hay atajo sin trabajo.

Tengo muy buena salud, vivo muy tranquilo, total, que soy muy feliz.

Lo más bueno que Dios ha hecho son: Mujeres, FLORES Y ESTRELLAS. Y las tres cosas tengo, y veo todos los días.

Muchas señoras y señoritas que me honran con su amistad. Muchas flores en mi pequeño, pero hermoso jardín y... muchas estrellas en el celestial jardín de Dios.

No tengo gatos, ni perros, ni quien me moleste, ni me contradiga y me encaje cóleras a cada hora. Así vivo y así viviré mientras no llegue la hora de cerrar el ojo y estirar los pies, para ir a otro mundo mejor o peor que éste. ¡Veremos y diremos!

Este relato de un día de mi vida actual, tal vez al curioso lector no le importará saberlo, pero a mí me dio la real gana de contarlo y... «*finis coronat opus*».

Adán, Eva, serpiente y manzana



En un libro viejo, que en una cómoda vieja, entre otros papeles viejos, guardaba una vieja amiga mía, me encontré esta vieja historia que voy a contar a ustedes, mis pacientes y viejos amigos y lectores.

Érase el año primero, del siglo primero, de la era primera, cuando el Todo-Poderoso, con un humor delicioso, se paseaba en un jardín muy hermoso del Paraíso Terrenal y, al mirar tanto animal, dijo: «Falta uno racional» y le ocurrió hacer al hombre y lo hizo así...

Tomó Dios-Tata un poco de barro, se viró en un espejo que llevaba en la bolsa del chaleco e hizo a nuestro simplón padre, Adán, a su imagen y semejanza. Sopló después sobre el gracioso monigote y éste, después de hacer una cabriola, dio un salto mortal y luego le dio las gracias a Tata-Dios y luego se comió un par de plátanos dominicos.

Tata-Dios cloroformizó a Adán y, después, con un afilado tranchete que llevaba en la cintura, le arrancó una costilla y de esa costilla formó a nuestra madre Eva. Antes de dar el soplo de vida sobre Eva, le curó la herida a Adán con unguento doble, y luego lo reanimó y luego le comunicó vida a Eva, y luego los presentó a uno con otro, diciendo así: «Mujer, he ahí a tu marido. Hombre, he ahí a tu marida». Después condujo a la gentil pareja ante el Juez Civil, que era un burro, y el matrimonio quedó legítimamente legalizado y muy fuertemente atado.

Entonces Dios les dijo: «Cuanto veis, vuestro es. Los animales serán vuestros criados mientras tengo tiempo de hacer una doncella de servicio para Eva, y un ayuda de cámara para Adán. Comed y bebed de cuanto queráis pero, ¡pobres de vosotros si tocáis una sola manzana de este árbol! ¡Cuidado...! Y, subiéndose el Señor en su aeroplano, se elevó a los cielos.

Cuando nuestros primeros padres se encontraron solos, Adán hizo cosquillitas a Eva y le propuso jugar a las escondidas. Eva no accedió, quiso mejor bailar un cuchicuchi y ambos se entregaron al vértigo del baile, al son de una magnífica orquesta, formada por

elefantes que hacían de trombones, leones que tocaban los platillos, monos que hacían monadas, etc.

Los primeros días de la luna de miel, de aquel feliz matrimonio, se deslizaron en medio de una felicidad sin límites y entre honestos y regocijos pasatiempos.

Adán se levantaba muy de mañana, cortaba cocos, plátanos, uvas, enchiladas, tamales y demás golosinas: cargaba con todo y se lo llevaba a su querida Eva, la cual se levantaba tarde por estar gozando, en los brazos de Don Morfeo, del agradable calor de las cuiltas y colchones que tenía en su catreuelo. Juntos almorzaban e íbanse después a paseo, cogiditos del brazo y muy juntitos, como dos tortolitos, diciéndose cosas muy bonitas, haciéndose cosquillitas y otras mil diabluritas.

Cuando pasaban cerca del famoso manzano hacían la señal de la cruz y huían del sitio peligroso teniendo caer en tentación. Nada faltaba a su regalo. Cuanto apetecían lo tenían a la mano y poco, o ningún trabajo, costábales satisfacer sus deseos.

Por la tarde, pasada la siesta, recibían a los animales más caracterizados. Eva, con una elegante bata loca, hacía los honores de la casa, y acompañada al piano por Adán, cantaba «El Morrongo», «El Can Can», «La Valentina» y otras partiduras de mérito como éstas.

Adán, en sus ratos de descanso, es decir, cuando concluía de sembrar ostiones, camarones y sardinas, se entretenía en enseñar a los elefantes, camellos, leones y tortugas, el inglés, el latín, el alemán, el catecismo del Padre Ripalda, la milagrosa novena de nuestra Señora de los Pujos y la gramática parda.

Frecuentemente se organizaban paseos a caballo, carreras en burros, tamaladas, «picnics», juegos de prendas, etc. ¡Cuán felices hallábanse nuestros ingratos progenitores en el Paraíso! Sin tener que ver con caseros, parientes, gendarmes, frailes, periodiqueros y demás modernas calamidades.

Pero sucedió que un día Eva dio a luz el primer bostezo; Adán, asustado, comprendió que su costilla se aburría. ¡Mal síntoma! Cuando una mujer se aburre, algo malo se le ocurre. «¿Qué te pasa querida Evita? ¿Por qué bostezas?» preguntole, con mucho cariño, Adán.

Eva se encogió de hombros, hizo un mohín, de un salto se puso de pie y corrió perdiéndose entre el ramaje. Se aburría y quería otra cosa, mala o buena, pero diferente a las que tenía a su alcance.

Nadie sabe si casual o intencionalmente, hallose Eva al pie del fatídico manzano. El caso fue que allí se hallaba. Cuando más distraída estaba, sintió sobre su cabeza rumor de hojas, y vio a la señora serpiente, llena de anillos, que le dio los buenos días en correcto castellano: luego le dijo: «Señora, aunque no tengo el honor de haber sido presentado con usted me permito ofrecerle mis respetos. Claro veo que se aburre usted y contra el aburrimiento no hay mejor medicina que comer de estas manzanas».

Eva se asustó y pensó huir y maldecir a la serpiente, pero, por curiosidad, siguió escuchándola y cuando Adán, que le buscaba, llegó al pie del manzano, ya Eva estaba

decidida a comer manzana, costara lo que costara. Adán se resistió al principio con energía, pero ¿quién podía negar nada a una mujer tan retrechera como era Eva...?

«Adán, mohín, yo quiero comer manzanas».

«Evita, Evita. No proponerme semejante cosa, porque es *peccatus*».

«Mi pichón, tú no me quieres como yo a ti».

«Mi paloma, te idolatro y si tú lo quieres, comeremos manzanas hasta indigestarnos y después, venga lo que viniere».

Mientras duraba aquel diálogo, la serpiente se retorció de risa, pues ya sabía que aquellos babiecas acabarían por comer manzanas hasta ponerse panzones, y así sucedió al fin. Al pie del árbol prohibido, nuestros padres quebrantaron el Supremo Mandamiento, y juntos y solos gustaron del prohibido fruto hasta hartarse.

Cuando ya quedaron satisfechos de comer manzanas, comprendieron que habían pecado, Eva lloró por primera vez y echó en cara a su marido la falta. Por su parte, Adán no cesaba de recriminar a Eva, lamentándose de que fuese tan ingrata, cuando por darle gusto, él había pecado. El altercado iba acalorándose, y hubieran llegado a los moquetes, sino es que en lo más álgido de la contienda, se presentó en escena un ángel, con una espada de fuego en la mano, el cual, con el carácter de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario del Señor, maldijo a los pecadores y los puso de patitas en la calle, condenándolos a trabajos forzados y por carambola. Esa sentencia nos alcanzó a todos los descendientes de aquel matrimonio de comedores de manzanas.

Esta relación histórica es copia fiel tomada de una Biblia hebraica, cuya edición se agotó completamente. No es artículo de fe les digo yo, el que quiere lo cree y el que no, no.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)



editorial del cardo